

---

## Conclusión

---

Las realidades últimas —la muerte en la que se nace, el juicio y la resurrección en los que se acaba de nacer, el cielo en el que el nacimiento es eterno—, estas realidades son primeras tanto como últimas. El hombre se sumerge ahí; y buceando, va hacia ellos. Culminación y raíz, le dan sentido a la existencia.

Los cristianos se apropiaron muy pronto del primer día de la semana, el domingo, y lo convirtieron en el día cristiano por excelencia. Se le llamaba *Día del Señor* (Ap 1, 10). «Señor» es el título reconocido a Jesús en la gloria de su resurrección: «Dios ha constituido Señor y Mesías, a este mismo Jesús a quien vosotros crucificásteis»<sup>1</sup>. Este título es también el de Cristo en su manifestación del último día, llamado también *Día del Señor*.

Se decía pues del domingo, que es el primero y el octavo día de la semana, día del comienzo del final: «El primer día de la semana, siendo el primero de todos... se llama el octavo, sin por esto dejar de ser el primero»<sup>2</sup>. En su resurrección, Cristo es el principio, y es también el término, el Se-

1. Hech 2, 36; Rom 10, 9; Flp 2, 9-11.

2. San Justino, *Diálogo con Trifón*, 41, 4.

ñor que se manifestará en el último día. Este hombre que Dios engendra para los hombres es el alfa y la omega de su semana.

Los primeros cristianos unían al recuerdo de la resurrección de Cristo, el de la creación en su origen: «Nos reunimos el día del sol (el domingo), porque es el primer día en el que Dios, sacando la materia de las tinieblas, creó el mundo, y porque ese mismo día, Jesucristo nuestro salvador resucitó de entre los muertos»<sup>3</sup>. La historia de la salvación, de la que Cristo es el alfa y la omega, comienza cuando Dios crea el mundo.

Desde su origen, la tierra recibe la semilla, de la que la resurrección de Jesús y la de los muertos son la cosecha. Dios que está en éxtasis de sí mismo «en el Hijo... reflejo de su gloria, impronta de su sustancia» (Heb 1, 2s), sale de sí en la creación. El Padre engendra al Hijo en el Espíritu de amor, y en este Espíritu es el creador<sup>4</sup>. El misterio interno de Dios se exterioriza, Dios crea en la sobreabundancia de su paternidad de amor con respecto al Único: crea todas las cosas, y sobre todo al hombre, en su relación al Hijo. «Todo fue creado en él... y hacia él» (Col 1, 16). La creación es un primer paso de encarnación, el prelude lejano del engendramiento del Hijo en el mundo. Alcanza su cumbre cuando Dios resucita a Jesús y resucita con él a los hombres.

3. San Justino, *I Apol.*, 67, 7. La liturgia actual de la Iglesia permanece fiel a esta tradición. En la eucaristía del 31 de diciembre, se lee el prólogo joánico: «En el principio era la Palabra... Todo se hizo por ella» (Jn 1, 1-3). Este mismo día, pide: «Dios todopoderoso y eterno, tú has querido que todo esfuerzo del hombre hacia tí encuentre su origen y su acabamiento en la encarnación de tu Hijo: concédenos ser contados entre los miembros vivos de su Cuerpo, porque sólo en él radica la salvación del género humano».

4. Santo Tomás de Aquino, *Prol. in II Sent.*: «Habiendo abierto sus manos la llave del amor, salen de ellas las criaturas».

El hombre encuentra su sentido en el Hijo que Dios engendra en el mundo, y que conduce, a través de la muerte, a la plenitud final. El domingo, día primero y octavo, une en su celebración la creación en su origen y la resurrección final.

Hablar del más-allá es hablar del hombre en su relación al Hijo eterno que Dios creador y salvador engendra en el mundo. Dios ha ligado su nombre al del hombre: lo ha hecho un hombre-dios<sup>5</sup>, un hombre hijo de Dios.

Guardémonos, pues, de no pensar más que en el futuro, al decir «relidades últimas». Hoy es mañana, el más-allá habita la profundidad actual. La pascua de Cristo, la muerte, la parusía y la resurrección y el juicio, son cada día; el cielo tiene su morada en el hombre bueno. El día del último nacimiento llega a contra corriente de nuestros años que envejecen.

En la tierra, el tiempo se vive paradójicamente, efímero y denso, se condensa en «una eterna riqueza de gloria» (2 Cor 4, 17). La vida se devana hacia la muerte y se enrolla hacia el nacimiento ya siempre nuevo. El tiempo pasa marcando la eternidad en el hombre. La muerte y la vida hacen su obra simultáneamente (2 Cor 4, 10-12), «mientras nuestro hombre exterior se desmorona, nuestro hombre interior se renueva de día en día» (2 Cor 4, 16). Hasta el último día, que será plenamente el del Señor, el de su nacimiento y el del nuestro.

«Entonces se cumplirá la palabra que está escrita: 'La muerte ha sido absorbida en la victoria'» (1 Cor 15, 54). La muerte en tanto que destructora, y el tiempo que huye, son del mismo orden: el de lo efímero, el de la ruptura continua.

5. San Bernardo, *Sermo 1 in Epiphania*, 2: «¡Qué gran prueba de su bondad nos ha dado: poniendo tanto cuidado en añadir a la humanidad el nombre de Dios!».

Pero más allá de las apariencias, la eternidad toma cuerpo, donde todo es comunión.

¿Qué hará el hombre que toma conciencia de su paradoja, de su ser de carne y de espíritu, de hoy y de la eternidad a la vez? El más-allá no le invita a la evasión fuera de las realidades de la tierra pues constituye el fondo de lo que es y de lo que vive el hombre. No ya a evadirse, sino a dejarse invadir, a realizarse desde la profundidad.

«El Reino de los cielos es semejante a la levadura; una mujer la amasa con tres medidas de harina y basta para que todo fermente» (Mt 13, 33). El Hijo de Dios es engendrado en el mundo, la levadura está en la masa. Para que la levadura invada la masa, hay que amasarla.

Dios engendra a su Hijo por el Espíritu santo, y por él llega el mundo a ser filial. El es «el amor derramado en los corazones» (cf. Rom 5, 5). Para que la masa fermente, para que el hombre nazca hijo de Dios, es preciso que sea modelado por el Espíritu, que se deje amasar por la caridad divina.

El amor es una realidad celeste, es eterno, «la caridad no pasa nunca» (1 Cor 13, 8). Pero se activa en las realidades de la tierra y en el tiempo fugitivo. El más-allá no invita, pues, a la evasión sino a cultivar esta vida con cuidado avaro: «¡Aprovechad las ocasiones!» (Ef 5, 16), este río que se escapa, que acarrea el oro de la eternidad.

«Cristo en vosotros, dice san Pablo, es esperanza de gloria» (Col 1, 27). Está ahí, viene. Es la profundidad del porvenir. Su misterio filial de muerte y de resurrección es el misterio del hombre, su más-allá que le da sentido.

Que le da un sentido pascual, de muerte y de vida, y que es amor. Porque el amor es a la vez de muerte y de vida. El cristiano es el encargado de llevar esta buena noticia, le apremia darla a conocer. A quienes no lo saben les dice: «¡Está ya en vosotros!».

Pues todos nosotros somos hijos e hijas de Dios.

